

Contrarreforma y tipografía. ¿Nada más que rosarios en sus manos?

FERNANDO J. BOUZA ÁLVAREZ

«Gratis lo recibisteis, dadlo gratis.»

1. UN TÓPICO ACERCA DE LAS LECTURAS EVANGÉLICAS

«Espere: ¿lleva usted un libro en la mano?»; después de haber sido confundido en Finisterre con el mismísimo Carlos María Isidro, George Borrow compareció ante el alcalde mayor de Corcubión, un señorito liberal recién llegado de la corte que había hecho su aparición en aquella costa cargado con las obras completas de Jeremy Bentham. Aclarado el equívoco y viendo que el viajero llevaba un libro en la mano, el alcalde no resistió la curiosidad de preguntarle de qué libro se trataba y, claro está, Borrow le respondió que era el Nuevo Testamento. La sorpresa mal disimulada de su interlocutor obligó a Borrow a explicar que el Nuevo Testamento era una parte de las Sagradas Escrituras y, sólo entonces, el alcalde cayó en la cuenta de que, en efecto, ya se sabía que «los ingleses aprecian mucho ese libro estrafalario»¹.

Aunque los lectores de *La Biblia en España* están acostumbrados a ver desfilar ante sus ojos episodios semejantes a éste, siempre ejemplares y en más de una ocasión con su aquél de inverosímil, ser tomado por el pretendiente carlista en la Costa da Morte y acabar saliendo del apuro con la ayuda de un seguidor de Bentham es, qué duda cabe, una aventura estupenda para que la protagonice un viajero como Don Jorgito el Inglés que estaba tan lejos de la facción ultramontana como del racionalismo, pues, al fin y al cabo, era un apóstol protestante en una misión meridional.

¹ George Borrow, *La Biblia en España* [1843]. Citamos por la traducción de Manuel Azaña, Alianza Editorial, Madrid, 1983, p. 360. Una versión parcial de este texto fue presentada en el II Seminario de Historia del Libro, organizado por la Fundación Duques de Soria, Salamanca, 1995.

Recordado casi siempre como el evocador libro de viajes que es, no hay que olvidar que el subtítulo de *The Bible in Spain* explica que aquéllos son *The journeys, adventures and imprisonments of an Englishman in an attempt to circulate the Scriptures in the Peninsula*². La particular impertinencia del curioso Borrow fue la de convertir a España en tierra de misiones y hacer de sus andanzas una odisea apostólica al servicio de la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera; esta sola razón lo había llevado al Finisterre y a esos otros muchos lugares de la Península donde mantuvo diálogos parecidos al referido y de los que, a la postre, supo sacar el mayor partido en ese incomparable libro suyo lleno a rebosar de anécdotas sobre el asombro meridional ante el trato continuado y familiar de los ingleses con los textos bíblicos.

Aunque sea sacarlo de su contexto romántico, podría decirse que la mención de lo insólito que en tierras peninsulares resultaba el equipaje de ediciones evangélicas que consigo llevaba George Borrow forma parte de la versión *a la española* de uno de los tópicos más extendidos de que se nutre la historia religiosa y cultural de Occidente. Me refiero a ese lugar común que se hace eco del alto grado y la forma duradera en que la cultura y la vida de los países protestantes han estado marcadas por la lectura masiva de las Sagradas Escrituras y otros libros de materia teológica y religiosa en lengua vulgar desde el siglo XVI, mientras que, a partir de ese preciso momento, el mundo católico romano empezaba a vivir de espaldas a su general conocimiento por parte de los fieles.

Resulta evidente que hay bien fundadas razones para pensar así, pues, en efecto, la tipografía religiosa fue uno de los mejores aliados que encontró la fe reformada para su difusión y propaganda tanto dentro como fuera de Europa. Sin embargo, no parece tan obvio que haya que aceptar una de las derivaciones de este tópico, algo maximalista en verdad, por la que se supone que, en materia de lectura y libros religiosos para el consumo generalizado, la Contrarreforma no alcanzó a ver las posibilidades difusoras inherentes a la imprenta más que desde la perspectiva de la censura y de las prohibiciones, ignorando los efectos propagandísticos que a su causa le podía reportar un uso masivo de las prensas tipográficas³.

Sin olvidar el sabio uso que hizo de la oralidad con sus legiones de predicadores inflamados, es cierto que, a primera vista, puede parecer que el recurso a lo visual fue privilegiado desde el seno de las filas que luchaban por el advenimiento de una *Roma Triumphans*, cuya grandeza se plasmaba, y se justificaba, en la magnificencia ritual católica. También es cierto que algunos

² Tomo estos datos de la segunda edición de la obra aparecida en Londres en 1843, el mismo año que la primera, y lo hago del ejemplar que el propio Borrow regaló a Pascual de Gayangos. Biblioteca Nacional de Madrid [BNM], 1/13000-2.

³ Sobre el tópico, véase, por todos, Eisenstein, L. Elizabeth, *The printing press as an agent of change. Communications and cultural transformations in early modern Europe*, 2 vols., Cambridge UP, New York, 1979.

de los mejores resultados en la misionalización popular contrarreformista fueron obtenidos llevando a sus últimas consecuencias la más efectista escenografía de arquitecturas y ceremonias. No obstante, la Contrarreforma católica, alerta como estuvo contra los peligros de leer, también consideró la pertinencia de usar la imprenta, no sólo como medio de polemizar con los publicistas protestantes o para fijar un canon católico de las Sagradas Escrituras o de las obras de los Santos Padres, cosa que continuamente hizo, sino también como forma de propaganda masiva.

Junto a la necesaria insistencia en expurgatorios, índices de libros prohibidos y visitas de bibliotecas, para entender en sus justos términos la relación de la Contrarreforma con la imprenta habría que prestarle una mayor atención a este último tipo de iniciativas. Un buen ejemplo de ellas lo constituyen los trabajos salidos de la tipografía instalada en el Colegio Inglés de Saint Omer, en el Artois, que, bajo la dirección de los jesuitas, se dedicó a la impresión de obras en inglés, español y latín con destino al mercado inglés durante el reinado de Jacobo VI Estuardo ⁴.

A través de las peticiones de ayuda que el polémico Padre Joseph Creswell ⁵ (1556-1623) dirigió a Felipe III en 1617 para que apoyase aquella iniciativa, en las que hacía cálculos para imprimir hasta diez mil volúmenes al año con destino a las islas, sale a relucir una plena conciencia de cómo usar la imprenta y lo que ésta suponía para difundir masivamente el catolicismo en Inglaterra. Como el propio Creswell escribió al rey en su *Memorial para la provisión de libros católicos*:

«...no ay ni a abido medio más eficaz para conserbar las mismas Provincias de total perdición y ruina que sembrando continuamente en ella buenos libros

⁴ Para una visión general del problema, véase Green, Ann Patricia, *English Catholics as a factor in Anglo-Spanish relations, 1605-1625*, UMI, Ann Arbor, 1985.

⁵ Sobre los muchos avatares en la corte de los Austrias y en la vida de Creswell, Cresvelo para los españoles, véanse Albert J. Loomie, *The Spanish Elizabethans. The English exiles at court of Philip II*, Burns and Oates, London, 1963, *maxime* el cap. «A Seminaire, Joseph Creswell», pp. 182-229; J. R. Fernández Suárez, «Joseph Creswell al servicio de Dios y de su Majestad Católica, 1598-1613», *ES* (Valladolid), 1978, pp. 47-83; y Luis Tobío, *Gondomar y los católicos ingleses*, Edición do Castro-Seminario de Estudos Galegos, Santiago de Compostela, 1987. No he podido consultar el artículo de A. F. Allison, «The later life and writings of Joseph Creswell, SI, 1556-1623», *Recusant History*, XV, 1979, pp. 79-144. Un buen ejemplo del número y la calidad de los que apoyaban a Creswell en Madrid, de Ambrosio Spínola a Juan Ruiz de Contreras, es el *Treslado de unos villetes scriptos por el señor Juan de Ceraín, criado del Rey Nuestro Señor, a algunos señores, consejeros y secretarios de su magestad y otros sus ministros y personas de esta corte con las rrespuestas dellos* (Archivo Histórico de Protocolos de Madrid, Protocolo 1931, fols. 154 y ss.), en el que se reúnen pruebas de la importancia y prestigio alcanzados por el jesuita, presentado como «la más importante [persona]... para la reducción de los yngleses al gremio de la yglesia católica porque él y los seminarios a quien ayuda an de ser los apóstoles de aquellas provincias» (testimonio del Licenciado Martín Fernández de Portocarrero, consejero de Castilla). El *Treslado* se hizo en 1613 para contrarrestar la campaña contra Creswell desatada en aquel año y que obligó al jesuita a salir de España.

y católicos: unos que tratan de devoción para conservar la virtud de los bien intencionados, y otros en que se descubren los artificios de los hereges, para desengañar y rreduzir los que van errados. Pues estos libros entran adonde los sacerdotes no pueden entrar para dar buen consejo y hazen que los hombres enseñados y compugidos busquen (después) ellos mismos lo que han menester»⁶.

Ahí está muy bien entendida la capacidad de difusión y de pedagogía propias de la imprenta; por medio de su gris multitud de copias idénticas es posible *entrar* en todas partes y *dar a conocer* las enseñanzas que se desee. Pero, antes de continuar con las observaciones y planes centrados en Saint Omer será bueno que revisemos sucintamente cómo la tipografía ya se había aliado con la Reforma, no en vano el mismo jesuita que hacía moverse *católicamente* aquellas prensas tipográficas en el Artois avisaba que «es cosa sabida que uno de los medios más eficaces que el demonio halló para pervertir la Alemania, Inglaterra y las demás Provincias que se han inficionado con heregias fue sembrar en ellas libros malos y llenos de errores»⁷.

2. TIPOGRAFÍA Y REFORMA. DON DE LENGUAS Y SIGNO CONFESIONAL

Como ya se ha dicho, que la relación establecida entre el movimiento reformado y la imprenta fue íntima, temprana y recíprocamente benéfica es, sin lugar a dudas, un tópico cultural e historiográfico de más que sobrada y justificada difusión⁸; por supuesto, ni que decir tiene, también es bastante antiguo. Cuando, hace más de dos siglos y medio, Johann Christiann Wolf entonó su clásica y erudita *Typographiae laudatio* no olvidó recordar los grandes servicios que la imprenta había prestado tanto «in Sanctis Bibliis divulgandis» como «in puriore doctrina sacra propaganda» y, en consecuencia, hizo que utilidades tan sagradas figuraran entre los mayores méritos reconocibles al arte tipográfico⁹. Otros ya lo habían hecho antes que él, incluso en pleno turbión de las disputas confesionales que vio sucederse el siglo xvi.

Quizá porque se había ganado la vida trabajando como corrector al servicio de la famosa imprenta de Johannes Oporinus en Basilea, cuando hubo de abandonar Inglaterra y refugiarse en el continente a la llegada al trono de María Tudor, John Foxe (1517-1587) parece destacar entre los publicistas

⁶ Joseph Creswell, *Para la provisión de libros católicos*, memorial fechado el 10 de agosto de 1617. Biblioteca de Palacio, Madrid, [BP], Mss. II-2225, fol. 77 r.

⁷ *Ibidem*.

⁸ *Ut supra* nota 3. Seguiré a la Profesora Eisenstein en la presentación general del impacto de la imprenta y en algunos pasos del pensamiento de Foxe.

⁹ J. C. Wolf, *Monumenta typographica quae artis hujus praestantissime originum, laudem et abusum posteris prodent*, Hamburgi, 1740.

protestantes de su época por el vivo interés que puso en encomiar la fructífera alianza que, ya desde el mismo 1517, habría llegado a establecerse entre impresores y reformadores.

Atento seguidor del movimiento alcista de los precios, como tantos de sus coetáneos, Foxe observó que, en concreto, el de los libros religiosos había descendido en los últimos cien años y avanzó el acertado juicio de que la imprenta tenía mucho que ver con aquella revolución contracorriente. Después de exhumar los datos de los procesos abiertos contra los primeros lolardos, Foxe calculó que, a mediados del xvi, era posible hacerse con sus buenos cuarenta ejemplares del Nuevo Testamento pagando por todos ellos la misma cantidad —«four marks and forty pence»— que un seguidor de John Wycliffe había tenido que desembolsar en Londres para poder comprar una sola copia del texto evangélico poco más de un siglo atrás.

Este descenso en el precio de los libros era debido, ante todo, a que el recurso a la tipografía móvil permitía reducir de forma muy considerable el número de horas necesarias para la obtención de copias de un mismo original y había sido, sin duda, uno de los efectos más sorprendentes de la irrupción de la mecánica de la imprenta en un mercado que hasta entonces había estado dominado por el sistema de copias manuscritas, mucho más lento y, por tanto, también más caro. Aquel oscuro lolardo deseoso de leer en su propia lengua el Nuevo Testamento, allá por las décadas iniciales del siglo xv, vivía todavía en un mundo de copistas y amanuenses; sus epígonos protestantes, sin embargo, disfrutaban ya, además, de todas las ventajas del *ars artificialiter scribendi*.

La primera de estas ventajas, y la más fácil de reconocer, era que, al ser más baratos cada uno de ellos, el volumen de libros en circulación estaba en condiciones de crecer, pudiendo ser adquiridos por un número mayor de personas. Las copias impresas servían, así, como instrumento de la propaganda y polémica religiosas que ansiaban poner en marcha los reformados y lo hacía en mejores condiciones que las copias manuscritas —a las que, por supuesto, se siguió recurriendo—, pues no había que dedicar tanto tiempo y trabajo para obtener las grandes cantidades de ejemplares que eran necesarias.

Un buen ejemplo de la enorme difusión que con la tipografía podían alcanzar las obras de los publicistas protestantes es, sin ir más lejos, el monumental *Book of Martyrs* del propio John Foxe, una documentada relación en anales de las antiguas y nuevas persecuciones papistas que se abría con la sorprendente novedad de un calendario protestante en el que cada día del año estaba dedicado a un santo, mártir o confesor de la fe reformada, de Jan Hus a los primeros calvinistas ingleses mandados ejecutar por María Tudor, pasando por el mismísimo Girolamo Savonarola ¹⁰.

¹⁰ Sobre la reacción católica ante el calendario de Foxe, véase la obra de Robert Persons, *The third part of a treatise intituled of three conversions of England conteyninge an examen of the*

En más de un capítulo de ese vademécum confesional del que el *buen puritano* inglés no se separará ya nunca, pero, en especial, en el que *ex profeso* está dedicado a ensalzar «the invention and benefit of printing», la imprenta es presentada de forma y manera tan providenciales que no cabría dudar de que su invención fue algo así como un auténtico don divino¹¹. En términos generales, podría decirse que uno de los objetivos de este polemista protestante fue incardinar a la tipografía en la lógica salvífica de la Reforma, pues este *arte* era para él, además de un magnífico instrumento, un signo elocuente de los nuevos tiempos que se estaban viviendo en media Europa para la restauración definitiva de la que tenía por fe verdadera¹².

Para hacer esto, Foxe elevó a la tipografía nada menos que a la magna condición de «fountain of reformation»¹³ ya que, una vez puestas sus prensas al servicio del nuevo credo, éstas quedaban transformadas en un formidable instrumento de su necesaria difusión universal. Con plena conciencia de que la gran novedad que había supuesto la imprenta era que hubiera más libros, que éstos fueran más baratos y que se pudiera garantizar en mejores condiciones la transmisión textual de la verdad revelada, supuso que la imprenta estaría, en la práctica, ayudando a borrar los efectos de la incomunicación y que, por tanto, estaría haciendo las veces de un renovado don de lenguas: «May this gift of printing be resembled to the gift of tongues»¹⁴, proclama con solemnidad.

La tipografía es, así, considerada un medio de la salvación y, como en el pasaje bíblico de la Pentecostés, también el misterioso signo de su llegada. Si tras la confusión de lenguas no se escondía otra cosa que condenación y pecado, ese divino nuevo don, que ahora usaba tipos metálicos y tintas oleaginosas, desterraba ignorancia y error, al tiempo que anunciaba el advenimiento de los esperados tiempos de la verdad.

Es en dos párrafos muy concretos del *Book of Martyrs* donde con toda claridad se expone la forma en la que la tipografía venía a servir a los fines de la Reforma. En el primero de ellos, Foxe afirma que la gracia divina actuaría por medio de la imprenta, pues de la lectura resulta esa excitación del inte-

Calendar or Catalogue of Protestant Saints, Martyrs and Confessors by John Foxe prefixed before his volume of Acts and Monuments with a paralell or comparison thereof to the Catholike Roman Calender and Saints therein conteyned, s.l., 1604.

¹¹ *The Acts and Monuments*, vol. III, pp. 718-722.

¹² «... Nicholas Belward bought a New Testament in those days [circa 1430] for four marks and forty pence, whereas now the same price will well serve forty persons with so many books»; cito por *The Acts and Monuments of John Foxe. A new and complete edition*, 8 vols., London, 1837-1841, vol. III, p. 721. La edición *princeps* inglesa de la obra de Foxe fue publicada en 1563 por John Daye en Londres y, aunque su título original rezaba *The Actes and Monuments of these later and perillous dayes touching matter of the Church... persecutions by Romishe Prelats*, fue comúnmente conocido como el *Book of Martyrs*.

¹³ *The Acts and monuments...*, vol. IV, p. 252.

¹⁴ *The Acts and monuments...*, vol. III, p. 719.

lecto que es necesaria para empezar a reconocer la verdad y, merced a ella, los sujetos pueden «to conceive the light of knowledge and judgement to be espied and ignorance to be detected, truth from error, religion from superstition, to be discerned»¹⁵.

En otro pasaje, la ilación impreso-lectura-iluminación religiosa queda claramente expresada en los siguientes términos:

«By reason whereof as printing of books ministered matter of reading, so reading brought learning, learning showed light, by the brightness whereof blind ignorance was suppressed, error detected and finally God's glory, with truth of his world, advance»¹⁶.

He aquí una magnífica expresión del papel que la Reforma reservaba a la lectura y, con ella, también a la imprenta, ese instrumento providencial que suministraba cuantas copias se quisieran de los textos sagrados mediante los cuales los creyentes se encontrarían ante la Palabra, poniendo en práctica uno de los principios básicos del protestantismo: la interpretación libre y directa de la Biblia sin el recurso al orden sacerdotal.

Libros para el verdadero cristiano, ceremonias clericales para el falso. Éste podría ser muy bien, pese a su maximalismo evidente y desaforado, la consecuencia que, en último término, cabría sacar de los planteamientos de John Foxe y de otros exegetas de la alianza tipografía-reforma. Quizá por ello, en la base de la portada grabada de sus *Actes and monuments of these latter and perillous dayes touching matter of the Church... persecutions by Romishe Prelats*—éste es el esclarecedor título original de la obra de Foxe y no *Book of Martyrs*—se representaba a un grupo de fieles protestantes leyendo sus libros con total introspección, mientras que, gráficamente enfrentados a ellos, los católicos salmodiaban rosarios y participaban en los gregarios ritos romanos siguiendo los pasos de sus sacerdotes.

Sólo rosarios en sus manos de devotos, mientras que de entre las manos de los protestantes surgían los libros, convertidos, así, en un signo confesional de su forma de acercamiento a lo religioso y de su propia existencia como iglesias separadas de la romana. Con esta división de papeles y actitudes tiene mucho que ver la formulación histórica del tópico que recuerda el trato continuo con los textos sagrados en la vida y cultura protestantes y, en último término, también la extrañeza ignorante de aquel alcalde que a George Borrow le preguntaba qué libro era ése que se titulaba el Nuevo Testamento.

¹⁵ *The Acts and monuments...*, vol. IV, p. 253.

¹⁶ *The Acts and monuments...*, vol. III, p. 719.

3. TIPOGRAFÍA Y CONTRARREFORMA. EL PADRE CRESWELL, LA MISIÓN DE INGLATERRA Y LA IMPRENTA DE SAINT OMER

A quienes lo leyeron en su Gran Bretaña de origen —y fueron muchos los que lo hicieron a la luz de sus numerosísimas ediciones— es posible que les resultara especialmente atractivo el relato de la visita que Borrow realizó al «seminario papista inglés» en Valladolid. Don Jorgito, el Apóstol, rememora cómo:

«En esa casa se educaron muchos de aquellos sacerdotes medio extranjeros, pálidos, sonrientes, que a hurtadillas recorrían en todas direcciones la verde Inglaterra; ocultos en misteriosos albergues, en el seno de los bosques, soplaban sobre el moribundo rescoldo del papismo, sin otra esperanza y acaso sin otro deseo que el de perecer descuartizados por las sangrientas manos del verdugo, entre el griterío de una plebe tan fanática como ellos; sacerdotes como Bedingfield y Garnet, y tantos otros cuyo nombre se ha incorporado a las gestas de su país. Muchas historias maravillosas precisamente por ser ciertas, podrían, sin duda, extraerse de los archivos del seminario papista inglés de Valladolid»¹⁷.

Esta *casa papista* no era otra que el centenario Saint Alban's College, uno de los muchos seminarios o colegios nacionales para ingleses, escoceses o irlandeses que, la mayor parte de las veces bajo gobierno de la Compañía de Jesús, se fundaron en la Europa católica, de Roma a Lisboa, de Sevilla a Reims, con la doble intención de, primero, educar en ellos a los hijos de quienes seguían manteniendo el culto católico en secreto o con dificultades en las islas y, en segundo lugar, formar sacerdotes que pudieran pasar a la ofensiva misional y *contrarreformar* aquellos territorios de los que ellos eran naturales y que habían ido abandonando el credo romano¹⁸.

En concreto, el Seminario o Colegio Inglés de Valladolid dedicado a San Albano, el protomártir de Inglaterra, había sido creado en 1592 al amparo de los que Albert Loomie ha llamado «the Spanish Elizabethans», con Robert Persons como figura emblemática y su *Misión de Inglaterra* como gran objetivo en medio de la resaca provocada por el desastre de la Armada y de los

¹⁷ G. Borrow, *La Biblia en España...*, p. 253.

¹⁸ La figura fundamental para comprender el sentido de estas fundaciones es el jesuita Robert Persons. El mismo, bajo el pseudónimo de Andreas Philopatrus, da buena cuenta de los objetivos de los *Seminaria Anglicana*, así como de los intentos ingleses por destruirlos, en su *Elizabethae Angliae Reginae Haeresim Calvinianam propugnantis, saevissimum in Catholicos sui Regni edictum quod in alios quoque Reipublicae Christianae Principes contumelias continet indignissimas. Promulgatum Londini, 20 Nouembr. 1591, Augustae, 1592*, BNM, Raros 12.847. Sobre su ejecutoria, véase Federico Eguiluz, *Robert Persons, «el architraidor». Su vida y su obra (1546-1610)*, Fundación Universitaria Española, Madrid, 1990.

ataques de Drake contra las costas gallega y portuguesa¹⁹. El propio Felipe II, la infanta Isabel Clara Eugenia y el Príncipe Felipe visitaron Saint Alban's el año de su fundación, organizando el colegio vallisoletano una solemnísima entrada real cuya curiosísima relación deja constancia tanto de los objetivos de la fundación como del programa de estudios que allí se impartía²⁰.

Después de haber puesto en marcha el colegio vallisoletano, Persons pasó a los Países Bajos donde, en 1593 y también con el patrocinio del rey de España, creó un instituto similar en la localidad de Saint Omer sobre la costa del Canal de la Mancha en el Artois —«a la lengua del agua»—, y que había de convertirse en una especie de punta de lanza desde la que pasaban a Gran Bretaña los jóvenes misioneros educados en alguno de los distintos seminarios distribuidos por la Europa católica²¹.

Uno de ellos fue Henry Walpole que, llegado de Valladolid, pasó desde Saint Omer a Inglaterra donde terminaría en 1595 por convertirse en el primer mártir del seminario castellano. Recibida la noticia en España, rápidamente se hizo imprimir una *Historia de la vida y martirio que padeció en Inglaterra* en la cual Joseph Creswell hace una breve historia de cómo aquel «seminario de mancebitos» flamenco había sido fundado por orden de Felipe II para «que en él se acogiesen los hijos de los Católicos de aquel Reyno en su tierna edad porque así se librasen de las manos de los hereges»²².

Desde un principio, parece que la fundación de estas instituciones en el continente quiso cumplir con un triple objetivo: de un lado, el de educar a los hijos de los católicos ingleses que, vueltos a las islas, continuarían apoyando la restauración de la fe romana; de otro, el de formar *misioneros* para que con «predicación, conversación y ejercicio de su vida autorizen la verdad y fomenten el espíritu de Dios con sacramentos»; por último, la provisión de

¹⁹ Albert J. Loomie, *Spanish Elizabethans...* Sobre la fundación vallisoletana, véase Michael E. Williams, *St. Alban's College Valladolid. Four centuries of English Catholic Presence in Spain*, C. Hurst & Company-St. Martin's Press, London-New York, 1986.

²⁰ Robert Persons, *Relación de un sacerdote inglés escrita a Flandes a un cavallero de su tierra desterrado por ser Católico en la qual se da cuenta de la venida de su Magestad a Valladolid y al Colegio de los Ingleses y lo que allí se hizo en su recibimiento. Traduzido de inglés en Castellano por Tomás Eclesal cavallero inglés*, Madrid, 1592. BNM, Raros 7.819.

²¹ Williams, *op. cit.*, p. 13. La expresión «a la lengua del agua» la tomamos de una carta del Padre Creswell fechada en Saint Omer, el 10 de agosto de 1617, BP, Mss. II-2225, fol. 81 v.

²² Joseph Creswell, *Historia de la vida y martyrio que padeció en Inglaterra este año de 1595 el Padre Henrique Valpolo, Sacerdote de la Compañía de Jesús, que fue embiado del Colegio de los Ingleses de Valladolid y ha sido el primer mártir de los Seminarios de Españas. Con el martyrio de otros quatro sacerdotes, los dos de la misma Compañía y los otros dos de los Seminarios*, Madrid, 1596. BNM, Raros 31.061. La fundación de Saint Omer guarda estrecha relación con las órdenes dictadas a comienzos de 1593 por las que se «podía desposeer de la patria potestad a los padres católicos acomodados para que sus hijos fuesen educados como protestantes» (Eguiluz, *op. cit.*, p. 196). Sobre la relación de Walpole y Creswell, véase Augustus Jessopp (ed.), *Letters of Fa. Henry Walpole, SI*, Norwich, 1873, donde se reproducen algunas cartas.

«buenos libros que los desengañen»²³. Es decir, se trataba de una empresa marcadamente contrarreformista en la que se atendía tanto a la educación de la juventud como a la formación de sacerdotes, que se convertían en misioneros para pasar a la militante ofensiva, pero sin olvidar la propaganda masiva a través de la imprenta.

Por ello, el Colegio de Saint Omer, centro de educación y reclutamiento, valga la expresión, de misioneros, contó también, como otros colegios de ingleses, de una tipografía desde 1605²⁴. Dos prensas fueron instaladas allí en esa fecha con los seiscientos ducados de limosna que Felipe III dio al Padre Creswell y «que se ha ocupado después en imprimir libros de la calidad dicha con grandísimo beneficio a las almas necesitadas de buena doctrina y otro tanto merecimiento para Vuestra Magestad que hizo la buena obra»²⁵.

Ya en 1580, la *Misión de Inglaterra* había logrado poner en marcha una imprenta clandestina en la propia isla, en las cercanías de Londres, de cuyas prensas, activas durante un año, salieron distintas obras de Robert Persons y de Edmund Campion²⁶. La imprenta de Saint Omer iba a desarrollar una actividad, quizá menos arriesgada, pero de consecuencias mucho más grandes, hasta el punto de constituir un motivo de discusión, y no pequeño, en las negociaciones diplomáticas entre Felipe III y Jacobo VI²⁷.

Motivo de continuos roces entre las cortes de Londres y de Valladolid-Madrid, es un hecho bien conocido que la llegada de libros católicos a Inglaterra fue bastante común y sólo hay que leer la correspondencia londinense de Luisa de Carvajal y Mendoza para atestiguar la vivacidad de este movimiento a comienzos del siglo xvii²⁸. Las cartas de la Venerable, asimismo, aportan una clara noticia de las estratagemas seguidas a la hora de burlar las prohibiciones a su importación, bien confiando la entrada de libros al abrigo de los *equipajes* que se remitían a la embajada española o bien mediante el recurso a «amigos o mercaderes» que pasaran a las islas desde la Península o, más comúnmente, desde Flandes²⁹.

Uno de los principales corresponsores de Luisa de Carvajal durante su

²³ Joseph Creswell, *En razón de socorrer a los seminarios de ingleses en Flandes*, BP, Mss. II-2225, fol. 72 r.

²⁴ Cfr. Mathias A. Shaaber, *Some forerunners of the newspaper in England, 1476-1622*, University of Pennsylvania Press, Philadelphia, 1929.

²⁵ BP, Mss. II-2225, fol. 77 r.

²⁶ Eguiluz, *op. cit.*, cap. «La imprenta secreta», pp. 77-86.

²⁷ P. A. Green, *op. cit.*, «Publications and Missions», pp. 40-78. Cfr. Albert J. Loomie, *Spain and the Jacobean Catholics*, 2 vols., Lowe and Brydone, London, 1973.

²⁸ Sobre este personaje y su vida inglesa, véase *Escritos autobiográficos de la Venerable Doña Luisa de Carvajal y Mendoza*, Barcelona, 1966.

²⁹ En el volumen CLXXIX de la BAE dedicado al *Epistolario y Poesías* de Luisa de Carvajal y Mendoza se encuentran espigadas entre sus cartas numerosas noticias al movimiento de libros prohibidos hacia Londres, tanto de peticiones de ellos como el aviso de que han sido recibidos (pp. 88, 104, 113, 123, 143, 167).

estancia en Inglaterra fue, precisamente, el Padre Joseph Creswell, a quien ella encargó el envío de libros en más de una ocasión. En una de sus cartas, fechada el año de 1612, la Venerable le hace saber que, ya han llegado a Londres los catecismos del Cardenal Bellarmino, pero que su pequeño cenáculo católico tiene necesidad «de una docena de libritos de los de Equivo, declarados por el padre Jiménez y que Rivas nos traiga de ellos los que pueda, pues son tan chicos»³⁰.

Por razones obvias, el movimiento descrito en la correspondencia cruzada de doña Luisa de Carvajal había de ser de no muy grande volumen y pasaba por el encargo de particulares vinculados a la legación española en Londres. Sin embargo, si la *Misión de Inglaterra* pretendía prosperar debía poder contar con libros destinados no a pequeños cenáculos, como éste del que nos servimos ahora y otros semejantes, sino a la masa de población en general.

Un primer requisito para lograr este objetivo era que las obras remitidas a las islas estuvieran escritas en inglés, condición indispensable para lograr que pudiesen ser leídas por un público más amplio³¹. Que los interesados en ofrecer a los ingleses aquella materia de lectura espiritual eran conscientes de ese requisito lingüístico se prueba, por ejemplo, en otra carta que Luisa de Carvajal le remitió a su confidente Creswell en 1611 a propósito de la aparición del *Vando y leyes del Rey Iacobo de Inglaterra contra la fe católica* y en la que le explica al jesuita cómo:

«El libro contra la proclamación y leyes últimas es muy lindo, pero es en español, que acá vale poco o nada. Pienso que será de gran provecho en inglés para animar y fortificar los católicos... Si vuestra merced envía uno de estos libros a mí a Rich a Lovaina podrá ser que se imprima en inglés»³².

Atendiendo a este criterio lingüístico, para propiciar la difusión de los libros católicos en Inglaterra, la imprenta de Saint Omer también hubo de publicar libros en inglés. La *Misión* contaba, por tanto, con el criterio de hacer que sus libros fuesen más fáciles de leer, pero también eran necesarios más libros y más baratos si se quería llevar a buen puerto la estrategia de difusión que se creía imprescindible para la restauración católica del reino.

La argumentación del jesuita Creswell en su *Memorial para la provisión de libros católicos* de 1617 parte, precisamente, de la existencia de un tráfico de libros ya existente, similar, por ejemplo, al que surtía a la Venerable Carvajal en Londres, de que distintas leyes penales inglesas intentaban evitarlo y de la previa presencia de las dos prensas instaladas en Saint

³⁰ Londres, 3 de agosto de 1612, *Epistolario...*, p. 143.

³¹ Cfr. A. F. Allison y D. F. Rogers, *A catalogue of Catholic books in English printed abroad or secretly in England, 1558-1640*, Bagnor Regis, 1956.

³² *Epistolario...*, Londres, 15 de octubre de 1611, p. 131.

Omer desde 1605. La efectividad de esa legislación jacobita había supuesto un encarecimiento de los libros paralelo al riesgo cada vez mayor que, en consecuencia, corrían los mercaderes que los introducían en las islas, con el resultado, nefasto para la *Misión*, de que «raras veces llegan a las manos de los que les han más menester»³³.

Desde su fundación en 1605, la empresa editorial del Colegio Inglés de Saint Omer había intentado frenar ese encarecimiento excesivo ofreciendo los libros a los mercaderes que los habrían de trasladar a las islas «a los precios más baxos posibles, tomando sólo lo que costó el papel y la impresión», aunque con escaso éxito, pues, como narra Creswell:

«Mas los otros [los mercaderes] por el libro que en Flandes les costó dos reales no reparan en pedir 40 y 80 y (a veces) 100 reales en Inglaterra, según las ocasiones y el hombre engañado por los herejes, o el pobre cathólico que leyera el buen libro si se le diera o lo pudiera hallar por precio moderado no se meterá a comprarlo a precio tan subido»³⁴.

Y en el discurso de Creswell —no en vano era hijo de un criado de Richard Gresham³⁵— aparece el ingenio de quien tiene que vencer a las condiciones del mercado y encuentra una *diligencia* «para moderar este abuso», una diligencia que, según él, había de ser definitiva: repartir los libros gratuitamente entre los lectores allá donde estuviesen, costeando una red de agentes en el interior de las islas que recibiría el encargo de distribuir los libros enviados desde el exterior.

Lo que propone Joseph Creswell es la edición de obras no venales, no destinadas a la venta, que se entregarían gratuitamente a los lectores, con el ruego de que, a su vez, éstos, más tarde, los hicieran llegar a nuevos grupos o personas. Signo y lema de esa voluntad sería la leyenda *Gratis accepistis et gratis date* —«Gratis lo recibisteis, dadlo gratis», tomada del *Evangelio según San Mateo*, X, 8—, y que debía imprimirse al frente de cada ejemplar «para que todos pudiesen saber que aquel género de libros no se auía de vender»³⁶. Pero ¿quién había de pagar los gastos de edición y de distribución de un volumen de libros que, además, se pretendía multiplicar? Obviamente, el jesuita señalaba a Felipe III como protector que era de los Colegios Ingleses y de su *Misión*.

Para superar los recelos que el monarca español pudiera tener por burlar las leyes penales contra la circulación de los libros católicos en Inglaterra, Creswell insiste en que algo parecido están haciendo ya los protestantes, que

³³ *Memorial...*, fol. 77 v.

³⁴ *Ibidem*.

³⁵ Loomie, *Spanish Elizabethans...*, p. 183.

³⁶ *Memorial...*, fol. 77 v.

serían los responsables de la edición en español de «diversos libros malos», como son «las Instituciones de Calvino y las obras de otros herejes y (que más daño puede hazer) la Biblia falcificada en romance, de los quales se han hecho más impresiones en Inglaterra y en Holanda en gran número para llevar a las Indias orientales y occidentales y a Berbería y a otras partes donde se han repartido y cada día se reparten entre los que entienden la lengua»³⁷.

El objetivo del *Memorial para la provisión de libros católicos* es, por tanto, convencer al Rey Católico de que apoye esa empresa de edición y, por ello, su autor incluye en la relación que envía al monarca una estimación detallada de los gastos que anualmente generaría el funcionamiento de las dos prensas tipográficas instaladas en el Colegio (papel, tinta, reparaciones, etc.), así como el mantenimiento de sus oficiales, sin olvidar las cantidades que sería preciso dedicar a la encuadernación de las obras una vez impresas, su transporte hasta Inglaterra y su reparto en la isla antes de llegar, por fin, a manos de sus presumibles lectores. Pensaba el jesuita que sería posible publicar en Saint Omer unos diez mil ejemplares al año si se conseguían ayudas y limosnas para sufragar los más de tres mil ducados necesarios para ello.

El cálculo del *Gasto de la imprenta para ocupar dos prensas todo el año* enviado por el jesuita a Madrid, además de ofrecer una clara idea del volumen de su proyecto tipográfico, constituye un precioso documento para la historia del trabajo editorial. Enumera el jesuita los gastos de la manera siguiente:

«1. Tres escriuientes y un corrector de la imprenta a cada uno por su comida, vestido y salario 100 ducados cada año	400 ducados
2. Tres componedores y tres oficiales para las prensas, a la misma rata de 100 ducados a cada uno	600 ducados
3. Cada día de trabajo se imprimirán 4 resmas de papel que costará poco más o menos ducado por resma. Ay 250 días de trabajo en el año en estos países y así abrá menester mil resmas de papel que serán más o menos	1.000 ducados
4. Para reparar las letras e instrumentos y tintas, etc., para las 2 prensas, abrá menester, poco más o menos	160 ducados
5. Para encuadernar 10 mil libros de pequeño volumen, como scrán de ordenario los que se an de repartir a 50 ducados por la encuadernación de cada mil	500 ducados
6. Para transportarlos con seguridad y por salarios de	

³⁷ *Ibidem*. Sobre la impresión de libros protestantes en español y su introducción en las tierras de la Monarquía Hispánica, véase nuestro *Del escribano a la biblioteca. La civilización escrita europea en la alta Edad Moderna (siglos XV-XVII)*, Síntesis, Madrid, 1992, máxime, pp. 103-104, el análisis de un manuscrito de la Real Academia de la Historia titulado *Memoria de los libros que se ha entendido que han impreso los herejes para enviar a estos reinos de España*, de hacia 1610.

los que les an de repartir (supuesto el riesgo) abrá de gasto
 cada año, más o menos, 500 ducados

La suma de todo en cada un año a esta cuenta será 3.160 ducados ³⁸».

En suma, la argumentación del jesuita Creswell, aunque no sea tan original como la de John Foxe ni la de otros protestantes, a cuyo éxito en el campo editorial parece querer emular, muestra a las claras una lúcida comprensión de los efectos que la aparición de la tipografía había surtido sobre la lectura. Su *Memorial* es un buen ejemplo de cómo, además de rosarios, la Contrarreforma supo que también había que poner libros entre las manos de los fieles para recuperar los territorios ganados por la Reforma. Con más libros, del todo gratuitos y en lengua vernácula algunos de ellos, se podía extender la *Misión de Inglaterra*; allí donde no llegaron los sacerdotes-misioneros, lo harían los libros que, por sí solos, ya irían «desengañando», por recordar el término usado por Creswell, a sus lectores.

Queda por preguntar, por último, si se conservan algunos ejemplares salidos de la imprenta de Saint Omer y si se llevó adelante ese proyecto de libre distribución de lecturas contrarreformistas. Respecto al primer punto, Allison y Rogers dan noticia cierta de los trabajos de la imprenta de Saint Omer y localizan algunos ejemplares, atribuyendo a sus prensas otras obras que aparecieron sin pie de imprenta ³⁹. No se ha podido comprobar documentalmente que la curiosa estrategia de Creswell se llevara adelante, aunque, eso sí, se llegó a usar su lema *Gratis...* en la impresión de una obra.

Entre el escaso centenar y medio de libros «de devoción y piedad» que Felipe IV había hecho disponer en la Torre Alta del Alcázar madrileño figura una rara traducción al castellano de la obra de Salviano de Marsella *Adversus avaritiam libri quatuor* y que en el *Índice* de la mencionada librería real hecho en 1637 figura bajo la entrada «Que el rico se puede salvar». Su título verdadero era *Quis dives salvus. Cómo un hombre rico se puede salvar* y, en efecto, había sido impreso en 1620 por Ricardus Britannus en el Colegio Inglés de Saint Omer de cuya imprenta era el principal impulsor el jesuita Joseph Creswell ⁴⁰.

³⁸ *Memorial...*, fol. 75 r.

³⁹ Allison y Rogers, *op. cit.*; y, de los mismos autores, *The contemporary printed literature of the English Counter-Reformation between 1558 and 1640. Works in languages other than English*, Scholar Press, Aldershot, 1989.

⁴⁰ Salviano de Marsella, *Quis dives salvus. Cómo un hombre rico se puede salvar. Escrito a la Iglesia Católica por Salviano Obispo de Marsilla cerca del año de Christo 480. Con Advertencias, al mismo propósito, sacadas de los Santos Padres. Luc. 16. Audiebant autem omnia haec Pharisei, qui erant avari, & deridebant eum. Los Phariseos avarientos oyeron todo esto y hizieron burla dél. Gratis accepistis, gratis date. Permissu Superiorum, MDCXIX. En su colofón se puede leer «Empremido en Flandes, en el Colegio de los Yngleses de Sant Omer, el año de MDCXX Por Ricardo Britanno Impressor». El ejemplar que perteneció a Felipe IV se conserva en la Biblioteca Na-*

Como se dice en la «Prefación al lector» que abre el libro, éste «se tradujo de latín en inglés para consuelo de los perseguidos por nuestra Santa Fe en Inglaterra». El traductor al inglés no fue otro que el propio Padre Creswell⁴¹. En la portada lleva grabado, como signo y lema de una empresa tipográfica y contrarreformista, el «*Gratis accepistis, gratis date*».

cional de Madrid (3-10704; Allison y Rogers, *The contemporary...*, n.º 280). Su antigua signatura en la Torre Alta del Alcázar era «ZZZZ 23». Un segundo ejemplar se conserva en la Biblioteca de Filología de la Universidad Complutense (Sig. 1919) que proviene de la Librería de los Nuncios.

⁴¹ Loomie, *Spanish Elizabethans...*, pp. 228-229, «Creswell turned to the writing of devotional literature and counseling the young students at St. Omer. From this period of more reflective seclusion emerged probably his finest book. Ever preoccupied with the troubles of his harassed friends in England, he made the first English translation of the fifth century Cristian classic, Salvian's *Quis dives salvus. How a Rich Man may be saved*».